

familias, todo parecía augurar una nueva era de prosperidad, cuando la muerte del rey y los asesinatos de religiosos en varios puntos de la península (1835), trocaron la bonanza en tempestad horrorosa, que habia de descargar con toda su furia contra el tan combatido monasterio.



CAPÍTULO XIV

EXECRABLE PROFANACIÓN É INCENDIO DE LA BASÍLICA OLIVANA.

Oportuna observación.—Migueletes en la villa.—Asesinatos de religiosos, quema de conventos.—Intentan los advenedizos saquear el monasterio.—Impidenlo sus jefes y los alejan hácia Alpens.—Niegan los migueletes la obediencia al gobernador de Berga, vuelven insubordinados al monasterio de Ripoll.—Asalto del cenobio, asesinato de los monjes Ros y Llisach.—Saqueo é incendio del templo, profanación de los sepulcros.—Es insultada y quemada la momia de Berenguer IV *el Santo*; consideraciones.—Esfuerzos heroicos de algunos ripolleses para salvar á los monjes y las venerandas imágenes.—Se opone en vano el Ayuntamiento á que no sea quemado el Archivo; muerte de Sentenach.—Escándalos y sacrilegios durante tres dias.—Triste aniversario de la muerte de Wifredo el Velloso.—Llega por fin el gobernador de Berga para restablecer el orden.—Castigos providenciales.—Tres años de calamidades para los valles del Ter y del Fraser.—Aléjase definitivamente el Abad de su villa.—Sufré esta en 1839 la suerte del monasterio.

DAMOS á referir, tal como testigos oculares, probos é imparciales nos lo trasmitierón, la execrable profanación é incendio de que fué víctima en 1835, el monasterio de Ripoll. Diez y seis años han trascurrido desde que dimos á conocer esta parte de nuestro trabajo, habiendo desde entonces aprovechado cuantos datos y observaciones tendiesen á mejorarlo. Nuestro justo y

bien probado cariño á la basílica, puede hacer dispensar la vehemencia de estilo en algunos pasajes del presente capítulo, escritos en una edad en que el entusiasmo por los bellos ideales no era atajado por las susceptibilidades transitorias, y no siempre justificadas de la política. A la verdad histórica preferentemente atendimos, sin que á nadie (la experiencia ha venido confirmándolo) haya ofendido ni por el fondo ni por la forma nuestro relato, antes por el contrario, personas tan sabias como prudentes, se dignaron autorizarlo con sus votos que mucho agradecemos. El verídico relato es como sigue:

En junio de 1835 el teniente general D. Manuel Llauder, marqués del valle de Ribas, dejó en Ripoll el batallón de tiradores de Isabel II, llamados vulgarmente *miquelets*, procedentes en su mayor parte de Barcelona. Constituían una fuerza de 600 hombres. La guerra tomaba un grave é imponente carácter, y los trágicos sucesos del campo de Tarragona presagiaban á las ordenes religiosas un porvenir funesto.

Llauder se había apostado en Vich, esperando el resultado de las operaciones y comisión dada á Bassa, y asegurar su retirada si triunfaba la revolución, cuyo fin era proclamar la constitución de 1812 y desplegar la bandera tricolor (1). El batallón de tiradores de Ripoll simpatizaba con el movimiento de la capital, y como en la probabilidad de retirada, podía cortar el paso, dispuso el teniente general, desde Vich, que marchase á la parte de Berga y San Lorenzo de Piteus, dejando en la villa un pequeño destacamento, mandado por oficiales moderados. El batallón, compuesto en su mayor

(1) Memorias documentadas del teniente general D. Manuel Llauder. Madrid. 1844 pág. 136.

parte de gente indisciplinada, al adquirir noticias vagas acerca los sacrilegos sucesos que en 15 de Julio tuvieron lugar en Barcelona contra los religiosos y sus conventos, trató de saquear el monasterio. Descubiertas las pretensiones del batallón, y avisado oportunamente de la trama su honrado comandante D. Tomás Metzquez, tomó activas y enérgicas providencias para deshacerla, secundándole admirablemente las disposiciones de Llauder, puestas en práctica al momento de recibidas.

Alejóse, pues, el batallón; los monjes cobraron ánimo y aún se creyeron seguros, sin atender á los consejos de amigos previsores que conocían demasiado lo crítico de las circunstancias. Sólo algunos jóvenes tomaron la resolución de ausentarse; los más, con Borrell al frente, se limitaron á tomar algunas medidas para poner á salvo lo más precioso.

Acababa de tener lugar en Barcelona el horrible asesinato del general Bassa, y Llauder, usando del Real permiso que le concedía pasar á los baños de las Escaldas, se trasladó á ellos, no fugitivo, sinó con toda la dignidad que le correspondía. Oigamos al mismo general: «Para verificarlo salí de Vich á las 12 del día 6 (agosto) con las dos compañías del segundo batallón del regimiento de Saboya que formaban mi escolta; mis ordenanzas y quince mozos de la Escuadra, acompañándome asimismo mis ayudantes y los de la Plana mayor Tayll (don Cristóbal) y Caparrós (don Manuel)... Fui á pernoctar á Ripoll, y al día siguiente pasé á Puigcerdá».

Al dar cuenta al gobierno del motivo de este viaje añade: «Sabedor del estado de indisciplinación y conmoción en que se hallaba el batallón de tiradores de Isabel II, que guarnecía á Ripoll, valle de Ribas y distrito de Berga, y asimismo con motivo de haber síntomas gra-

ves de indisciplina en la Seo de Urgel, cuyo gobernador me ha enviado un capitán á informarme verbalmente, me dirigí á Ripoll y valle de Rivas, donde supe que el jefe de tiradores sólo logró hacer marchar á éstos hácia el distrito de Berga, prometiéndoles que irían á Barcelona, *de cuya ciudad son naturales la mayor parte*. Posteriormente he sabido que han negado la obediencia al gobernador de Berga, lo que le habrá impedido auxiliar la casa fuerte de Alpens» (1). Esto escribía desde las Escaldas Llauder el 9 de agosto de 1835. ¿A donde fueron los indisciplinados tiradores, después de negar su obediencia al gobernador de Berga? Súpolo el mismo día el grandioso monumento de Wifredo.

Agitación ansiosa (seguida de profundo silencio) cundió en la villa cuando á las nueve y media de la mañana del día de San Román mártir (domingo 9 de agosto) se observó que el batallón de migueletes volvía sobremanera excitado por la parte del Arquet, con nuevas ciertas de los sacrílegos excesos de Barcelona. Publicábanlos á gritos, los comentaban, los aplaudían, y se animaban con diabólica algazara á reproducirlos en el centro de la Montaña. Los monjes, aterrorizados, reconocen por fin el peligro; pero firmes en su propósito de salvar á toda costa el legado de tantos siglos, desoyen consejos, desechan ruegos y aún las lágrimas de algunos leales ripolleses que, en tan críticos momentos, olvidando disensiones pasadas, no sólo procuraron su salvación, sino que además ocuparon las avenidas del monasterio, con la resolución heroica de salvarlo, ó perecer en la demanda. Presentian, sin duda, que en la ruina del célebre monumento iba envuelta la de sus

(1) Memorias de Llauder, pág. 146 y documento 62.

hogares y familias. ¡Harto pronto las discordias civiles confirmaron la realidad de tales presentimientos!

Secundaba la milicia nacional los intentos de los intrépidos vecinos, y se esforzaba, aunque en vano, á frustrar la horrible trama de los juramentados migueletes. Seguros estos en su fuerza, por toda contestación á los pactos y transacciones propuestas, aflaban en el fondo de inmundos bodegones sus puñales, y se distribuían las téas incendiarias, entre los brindis de la orgía y las amenazas de muerte, que alcanzaban tanto á los pobres cenobitas, como á la aristocracia de la villa.

Eran las dos de la tarde, hora en que solía la comunidad de SANTA MARIA acudir á los oficios divinos. Los migueletes, abandonando sus madrigueras, se lanzan á la calle y, distribuidos en pelotones, recorren la villa en ademán hostil. Esperaban, á lo que se vió, un débil pretexto para convertirse en satélites activos del gran crimen que habia de expiar Ripoll con lágrimas de sangre, y una fatal impremeditación del inadvertido campanero de la basílica se lo proporcionó. No bien resonó en el espacio el triste y lento tañer de la campana que llamaba á los monjes á visperas, cuando tiros aislados inauguraron el infame propósito. Siguiéron gritos infernales, entre ellos la provocativa contraseña: *¡ los facciosos escalan el monasterio!* y aquellos desalmados, más aptos para gritar *¡ Liver io!* con las impúdicas bacantes del gentilismo, que para proferir, como proferían el mágico nombre de libertad, eminentemente cristiano, volaron frenéticos al cenobio y, no sin premeditación, recorren primero todos los ángulos del templo, todos los departamentos del palacio abacial, todas las monacales moradas de la *vila vella*, ávidos de víctimas santas que, por desgracia, en aquel aciago día no faltaron.

Fué la primera el joven y simpático monje D. Fernan-

do de Ros quién, bajo la salvaguardia de la ley, se hallaba custodiado en su casa por dos milicianos. Una gritaría salvaje, seguida de imprecaciones blasfemas, fué el saludo con que sorprendieron al joven cenobita y, antes que pudiese reponerse de su asombro, brillaron en el aire los aceros homicidas que le dejaron exánime en el suelo, sin que le valieran su inocencia, ni su juventud, ni sus lágrimas, ni las exclamaciones de perdón y misericordia, ni el abrazar, en el delirio y los ayes de la desesperación, las rodillas de sus inexorables verdugos.

No menos horrible, aunque perpetrado con más cínica frialdad, fué el asesinato del anciano monje D. Manuel de Llisach. Este venerable sacerdote, dechado de virtud y de ciencia, paño de lágrimas para el pobre que durante su larga peregrinación habia constantemente favorecido, ignoraba las trágicas escenas de que era teatro el monasterio, y le hallaron en su celda, risueño, tranquilo, absorto en las delicias de celestiales contemplaciones. Intimáronle brutalmente que se levantase, y al hacerlo con dificultad, pues sus trémulos miembros no obedecian, como en los lejanos tiempos de su juventud, al imperio de su voluntad firme: «*Quédate, pues aquí*» le dijo uno de los sicarios, llamado Cristiano, sepultándole el puñal en el corazón. «*No me dañes, hijo mio, no me dañes... Dios te perdone, como yo te perdono*». Estas últimas palabras del inocente mártir fueron contestadas con salvajes carcajadas y estúpidos aplausos, mientras el asesino, satisfecho de su proeza, mirando al soslayo á su víctima, limpiaba con el borde de su abigarrada blusa la cuchilla ensangrentada, tres veces hundida en las entrañas del inerme anciano.

El más joven y el más antiguo de los monjes fueron los señalados por el cielo para que santificasen con su sangre la mansión dó se albergára tanta virtud, tanta

sabiduría, tanta belleza artística. Todos hubieran sufrido igual suerte, si algunos ripolleses (visto lo imposible de la resistencia) no hubiesen expuesto su vida para salvar al Abad y demás monjes, procurándoles disfraces, ocultándoles en sus casas, y facilitándoles la fuga en momento oportuno. La comunidad de San Pedro, hija de la basilica, sufrió tambien horas de prueba en aquel aciago dia. Su dignísimo domero D. Ignacio Brusi, detenido por aquella insolente canalla, rodeado é insultado, iba á sellar también con su sangre el crimen de ser ministro del Señor, cuando interponiéndose entre él y los que intentaban herirle un miembro de la milicia nacional: «*Antes de asesinar (exclamó el bravo soldado) á un inocente é indefenso, pasad primero, si os atreveis, por encima de mi cadáver.*» Tanto heroísmo fué respetado, y la vida del presbitero salvada.

Mientras los dos crímenes se perpetraban en el fondo de dos humildes celdas, la mayoría de los migueletes, convertidos en incendiarios, se entregaban en el templo á todos los excesos del saqueo. Derribaron ante todo de su antiguo solio la Virgen de Wifredo y todas las santas imágenes de los altares; hicieron pedazos la grandiosa estatua de plata de San Benito; destrozaron el magnífico órgano; rasgaron inestimables pinturas, y robaron del tesoro los vasos sagrados, las lámparas, los candelabros, los incensarios y demás objetos preciosos de que abundaba el monasterio, separando cuidadosamente el oro, plata y piedras preciosas de lo que, por no concederle aquellos vándalos, en su crasa ignorancia, ningún valor, reservaban para el fuego ó para nuevas abominaciones.

Los últimos resplandores rojizos del crepúsculo de la tarde se iban desvaneciendo en la cordillera occidental del Catllar, cuando las téas incendiarias fueron aplicadas á los altares, y las áras santas, convertidas en tede-

ros, alumbraron con siniestra luz repugnantes escenas, inauditas, increíbles, pero ciertas, por más que la pluma se resista á describirlas. Los asesinos de Ros y de Llisach habian anunciado que sus puñales sólo habian encontrado dos corazones en que cebarse y, entonces, los sarcófagos de los venerables abades y la cripta de los monjes fueron el blanco del furor de aquellos malvados. Numerosos esqueletos de hombres eminentes en ciencia y virtudes son privados de la paz del sepulcro, denostados, escupidos, pisoteados; y no satisfechos los viles sicarios de tan brutales é inútiles demostraciones, ébrios de furor, desahogan su despecho clavando repetidamente la punta de sus aceros en las cavidades de los ojos y de las bocas de los cráneos, á quienes el espíritu vivificador, siglos hacia, que por más felices mansiones tenia abandonados.

También el cadáver incorrupto del inclito conde de Barcelona Berenguer *el Santo* fué desenterrado y (¡horror causa decirlo!) llamado á juicio por aquella turba de beodos que le apostrofaban y escarnecian, y afeaban el *gran crimen* de haber redimido de la esclavitud y barbarie la noble Cataluña, y de haber proclamado las libertades pátrias en nombre de una religión la más pura y sacrosanta. Berenguer *el Santo*, después del insulto, fué quemado. ¡Grande y no merecida humillación! ¡ignorancia sin igual! ¿Qué tal amor á Cataluña se anidaba en los pechos de aquellos insensatos, que así denostaban á su más egrégio Príncipe? ¡Oh! si en la veneranda momia de aquel héroe se hubiera infundido de nuevo el soplo de vida; si de nuevo hubiese oído con los oídos, y visto con los ojos aquel cuerpo yerto; si un antiguo vigor hubiera fortalecido sus miembros helados por la muerte; ¡como levantándose indignado habria exclamado con acento lúgubre y aterrador: «¡Ay de Cataluña y de sus hijos! ¡ay de Ripoll! Los gritos de

libertad, retumbando en las bóvedas del santuario, llegaron al fondo de los sepulcros, y nuestros huesos humillados se regocijaron. Libertad! clamasteis, y por la libertad nacimos; por la libertad peleamos; á la libertad reconquistamos la patria y, después de sellarla con paz gloriosa y duradera, lográbamos la que logran los que mueren en el Señor. Cataluña agradecida visitaba nuestros sepulcros; Ripoll los adornaba con recuerdos y ofrendas; los pacíficos cenobitas velaban por nuestra paz..... ¡*Descansen en paz!* era el saludo de bendición que diariamente nos enviaban desde los altares, al concluir el incruento sacrificio. Y después que seis siglos respetaron nuestro descanso, vuestra libertad lo ha perturbado. Libertad! clamasteis, y las losas de nuestros sarcófagos se quiebran, la luz vital nos sorprende el grito mágico nos reanima; pero ¿qué horrible espectáculo nos deparais?

¡Ay de Cataluña y de sus hijos! ¡ay de Ripoll!... Arden las sacrosantas imágenes, arden los altares, y aquella Virgen sin mancilla, gloria de nuestras batallas, luz de la ciencia patria, inspiración del artista cristiano, convertida en aérea llama, abandona también su predilecta morada.

¡Ay de Cataluña y de sus hijos! ¡ay de Ripoll!... ¿Y qué libertad es esta que sepulta el puñal en las entrañas del pio religioso; que desentierra y ultraja á los muertos; que aplica la tea incendiaria á los más gloriosos recuerdos de la patria? ¿Y los que tal haceis osais llamaros Catalanes? Agarenos liberticidas sois, que no libres cristianos; esclavos agarenos de un siglo destructor..... Atrás ¡cobardes liberticidas!.. Los yertos cadáveres de vuestros Príncipes, que el soplo de la indignación vivifica, os desconocen, os rechazan, os maldicen... Atrás! el fuego que prendisteis os circunda para devoraros, temedle vosotros, huid vosotros, que los di-

funtos Príncipes de Cataluña le bendecirémos agradecidos, si en estos tiempos abominables, nos calcina los huesos, y purifica nuestros restos de toda escoria mortal. ¡Dichosas reliquias nuestras, si convertidas en ceniza, barridas, trasportadas, diseminadas por el Aquilón á regiones más libres, logran escapar de la esclavitud en que volvéis á sumir la pátria, después de seis siglos de heroica reconquista. ¡Ay de Cataluña y de sus hijos! ¡ay de Ripoll!...».

Esto sin duda hubieran dicho aquellos héroes, que no con falaz palabrería, sinó con su diestra poderosa proclamaron la independéncia catalana, y con paternal gobierno nos legaron sabias leyes; y con benéfico impulso dieron santos á la religión, sabios á la ciencia y sublimes intérpretes al arte cristiano, en sus múltiples manifestacionés.

No faltaron en aquellos fatales momentos intrépidos ripolleses que, disfrazados de migueletes, mezclados con la turba impía, y haciendo alarde de sentimientos que no tenían, lograron salvar preciosos recuerdos de una inminente consunción. No sin grave peligro, cuando ya la cruz ardia, se apoderaron de la devotísima Imagen del Santo Cristo, á la que tributa aún solemnes obsequios la Congregación de la Purísima Sangre. Distrajeron también la atención de los indisciplinados migueletes para que no profanasen los sepulcros de los Abades Bernardo y Bertrán Dez Bach; tampoco pusieron mano de momento en los sarcófagos de Oliva y de Berenguer III el *Grande*, distinguiéndose entre los vecinos el Dr. D. Eudaldo Raguer, jóven médico cuyo valor compitió con su celo en tan difíciles circunstancias.

Acosados por el fuego asfixiador y por la blanca humareda que, á manera de niebla resplandeciente, llenaba el santuario, huyó fuera, desbandada, la turba frenética, sin dirección á lo que parecia, y sin ulterio-

res designios por aquella noche; cuando, de repente, una voz satánica deja oír el grito de «¡Al archivo! ¡á quemar el archivo!» De entre la multitud se destaca un grupo que, subiendo con hachas de viento, llega al tabique que protegía la entrada, le derriba, y aplica las téas incendiarias á los cuatro costados de aquel rico depósito científico. En vano en tan críticos momentos el Magnífico Ayuntamiento, presidido en el animoso alcalde D. Fernando Burillo intima, en nombre de la ley, á los migueletes que se retiren. A los que ya habian profanado su pabellón, y ensangrentado sus manos, ¿qué les importaban, más que para el desprecio, las autoridades de la villa? Por toda respuesta apuntan sus fusiles á la dignísima Corporación que cediendo, bien apesar suyo, á la fuerza, tuvo que retirarse.

A instancias del mismo Ayuntamiento, cuatro valerosos milicianos llamados Sentenach, Montorro, Corominas y Muxí, desafiando las llamas que se cebaban con repetido chisporroteo en los preciosos pergaminos y códices, entraron en aquel horno de fuego, ganosos de salvar lo que pudiesen. Tiraban por una ignorada ventana cuanto habian podian sus manos, y tantos esfuerzos hubieran sido coronados con éxito feliz, á no ser descubiertos por los migueletes que descargaron contra ellos sus fusiles. Un tiro certero taladró las sienes de Sentenach, pariente del que estas líneas escribe; los restantes, medio asfixiados por el calor, humo y olor pestilente de los pergaminos que se carbonizaban, no pudiendo resistir á las llamas que les investian, ni la lluvia de balas que no cesaba; por milagro pudieron salir ilesos, auxiliados de la tétrica luz que serpenteaba destructora en los estantes, depositarios de la ciencia de mil años.

Hasta muy entrada la noche no se retiraron los migueletes, habiendo tenido en continua zozobra á los ve-